

buyó esa estima con una conducta que muestra su respeto por este país, pero la actitud de los Estados Unidos frente a ciertos valores de su estirpe, su cultura y su patria, dejó una huella dolorosa en el alma de Pedro Henríquez Ureña. Es comprensible que así fuera y la insensibilidad al respecto hubiera sido signo de una poquedad de ánimo inconcebible en un hombre de su temple moral.

Parco en la manifestación escrita de sus sentimientos, los testimonios comentados nos muestran las razones más hondas de su voluntad de regresar a la América hispánica. Como ha escrito Roggiano:

Se fue de Minnesota porque su corazón estaba en el ámbito de su lengua y de su raza.<sup>24</sup>

Pero antes de partir vaciló e incluso buscó un puesto en universidades situadas en climas más benignos que los del Norte, cuyo frío excesivo no le agradaba ni le sentaba bien. Fracasados los intentos hechos en Filadelfia, New Haven, Baltimore y Chicago tampoco se decidió a ir a Nueva York para trabajar en una revista, como en algún momento se le ofreció. Aceptó, pues la invitación para volver a México hecha por Vasconcelos, en un estado de ánimo que refleja muy bien la carta que dirigió a Reyes el 19 de junio de 1921, mientras viajaban en tren rumbo a la frontera:

Ya imaginarás, también, a qué paroxismo había llegado mi deseo de no vivir en los Estados Unidos. Creo que toleraría Nueva York, y, por extensión, ciudades cercanas como Filadelfia, Boston, New Haven, Baltimore. Pero el Oeste, aún Chicago, es demasiado para mí, por el clima y por la gente. Como sabes, no pasa día que yo no piense en el problema de por qué los pueblos son como son.<sup>25</sup>

Varios factores obraron, por lo tanto, para decidirlo a dejar los Estados Unidos y sin duda se puede contar entre ellos la decepción causada por los fracasos reiterados de las gestiones hecha a favor de la causa nacionalista dominicana, en la cual estuvo comprometido. No porque hubiera pensado que su gestión individual habría de lograr un cambio en asunto de tanta importancia, sino por el significado del mismo para juzgar de la actitud de los Estados Unidos. Hay un texto suyo de 1923 que resume muy bien su reproche; allí dice que los Estados Unidos.

... tienen muy poco de suyo que enseñar: ¿serán doctrina útil las vaguedades y contradicciones de Woodrow Wilson, las vulgares aberraciones de Roosevelt? Ni siquiera —aunque valen mucho más— la filosofía de William James, caducada a los pocos años de nacer, ni la pedagogía de John Dewey, admirable sin duda, pero cuyas novedades las pensaban o ensayaban desde tiempo atrás nuestros pobres maestros ignorados, ni menos el demoleedor escepticismo de Henry Adams, el Hamlet de la Nueva Inglaterra en crepúsculo. Sólo concordamos con los rebeldes de las nuevas generaciones, cuya prédica se encontraba ya en síntesis en el *Ariel* de Rodó; pero esos rebeldes sólo aspiran por ahora a destruir, a libertar a su patria de la opresión espiritual que produce la organización de la vida según la norma utilitaria; nada edifican todavía y nosotros tenemos que edificar.<sup>26</sup>

<sup>24</sup> Ibid., LXXXI.

<sup>25</sup> Epistolario íntimo, *ya cit.*, 196.

<sup>26</sup> Pedro Henríquez Ureña, Orientaciones, en Obras Completas (1921-1925); Selección y prólogo de Juan Jacobo de Lara; Tomo V, (Santo Domingo: Universidad Nacional «Pedro Henríquez Ureña», 1978), 63.

## VI

Su tercer y último viaje a los Estados Unidos lo hizo entre 1940 y 1941, cuando el Profesor J.D.M. Ford —el mismo que había gestionado su ingreso en la Universidad de Minnesota en 1916— lo propuso como profesor al comité organizador de las actividades de la Cátedra de Poética «Charles Eliot Norton», de la Universidad de Harvard.

Esta cátedra tenía gran prestigio académico y científico y había sido ocupada por personalidades como Albert Einstein, Igor Stravinsky, Gilbert Murray, T.S. Eliot, entre otros. Hasta ese momento no había estado ningún hispanoamericano, pues Ricardo Rojas, que fue invitado en una oportunidad, no pudo ir, de manera que Henríquez Ureña era el primero que se desempeñaba en lugar tan ilustre. Aceptó, pues, la invitación, viajó a Estados Unidos en octubre de 1940 y permaneció allí hasta abril de 1941.

Henríquez Ureña llevaba a Harvard una serie de conferencias sobre las corrientes literarias, ideológicas y artísticas de la América hispánica, con un desarrollo cronológico e histórico que abarcaba desde la colonia hasta la época contemporánea. Pensaba que todo el esfuerzo intelectual hispanoamericano apuntaba al ideal de lograr una expresión propia y valiosa. Nuestra historia cultural y literaria era, pues, la búsqueda de la personalidad original y así denominó a su curso de Harvard: «En busca de la expresión: la creación literaria artística en Hispanoamérica». Todo el curso fue dictado en inglés.

Además de sus clases, ofreció conferencia en Boston y otras ciudades; unas en castellano y otras en inglés: «El sentido de la cultura española», «The Flowering of the Colonial World», etc. El 27 de diciembre habló en el banquete anual de la Modern Language Association of America, de la cual fue nombrado miembro de honor y ya en 1941, en la Sociedad Panamericana de Boston, sobre «Good Neighbor policy of the Americas». También disertó en la Universidad de Columbia, en el Wellesley College, en el Smith College y en muchos otros centros universitarios y culturales.

En Harvard hizo amistad con estudiantes y colegas, un alumno suyo de entonces, el cubano José Rodríguez Feo, ha escrito interesantes recuerdos de Don Pedro, en el apogeo de su prestigio de profesor y humanista.<sup>27</sup> Su residencia en los Estados Unidos, en resumen fue muy grata. Trabajó intensamente pero todo lo compensaba el ambiente grato, los agasajos y hasta la oportunidad de volver a oír excelentes conciertos de música clásica, tan gratos al melómano apasionado que siempre fue.

Concluida su estancia en Norteamérica, se embarcó en Nueva York el 25 de abril de 1941 rumbo a la Argentina, con escalas en Cuba, Lima y Valparaíso. Llenaba sus notas, el material de sus conferencias y un compromiso de publicar en la Harvard University Press la que sería su obra más importante: *Literary Currents in Hispanic America*, que aparecerá en 1945.

Después de este tercer viaje, sus impresiones de los Estados Unidos reflejaban un cambio notable pero en este país también había diferencias muy grandes con respecto de la década de 1920; todo lo cual se reflejaba en sus nuevos puntos de vista.

<sup>27</sup> Cfr. Pedro Henríquez Ureña, Selección de ensayos; Selección y prólogo José Rodríguez Feo, (*La Habana. Casa de las Américas*, 1965).

Recordemos, en primer lugar, que se estaba desarrollando la Guerra Mundial (1939-1945) y aunque los Estados Unidos aún no habían entrado en la contienda —lo que harían en 1941, después de Pearl Harbour—, participaban intensamente en la ayuda a Inglaterra y Francia y habían volcado a su favor un imponente esfuerzo de propaganda ideológica que desplazó el tema del anti-imperialismo con una polarización anti-totalitaria.

En segundo lugar, desde comienzos de la década de 1930, el Presidente Franklin D. Roosevelt había iniciado la llamada política de «buena vecindad», que tendía a estrechar las relaciones con los países iberoamericanos, para superar las etapas negativas de la época del intervencionismo más desembozado. Por esta razón se habían atemperado los rasgos más agresivos de la política norteamericana en la América hispánica y la opinión de los intelectuales liberales y democráticos, como Henríquez Ureña, habían moderado también sus hostilidades hacia Estados Unidos en mérito, sobre todo, a la unidad de la lucha que todos libraban contra un enemigo común.

Por otra parte, en los Estados Unidos se advertía una tendencia más liberal, favorable a los derechos civiles y a la asistencia social, todo lo cual daba a la política de Roosevelt una fisonomía que resultaba más aceptable a gran parte de la inteligencia hispanoamericana.

Estas circunstancias se advierten en las opiniones de Henríquez Ureña a su regreso de los Estados Unidos en 1941. En primer lugar, constataba el mejoramiento general del nivel científico y humanístico de las universidades norteamericanas, especialmente, de los estudios hispánicos; además del interés creciente por los temas relativos a la América hispánica que se notaba en los mismos ambientes.

En segundo término, apuntaba el nuevo espíritu de comprensión frente a determinados aspectos de las relaciones con Hispanoamérica que sin duda era auspicioso de desarrollos ulteriores. Estas opiniones no llegaron a concretarse en juicios más amplios y explícitos pues Henríquez Ureña murió en 1946, pero lo dicho interesa como complemento de las apreciaciones que expusimos en páginas anteriores.

En resumen, la actitud de Pedro Henríquez Ureña frente a los Estados Unidos, fue coherente con su espíritu americanista y con su fidelidad a los valores culturales y políticos inherentes a su condición de dominicano e hispanoamericano. Reconoció siempre los ideales sociales y culturales de los Estados Unidos y su formidable capacidad de trabajo aplicada al desarrollo de un poder material. Valorizó, asimismo, la vigencia del ideal democrático, en el cual su pueblo veía aseguradas la justicia y la libertad.

Del mismo modo, elogió las grandes realizaciones norteamericanas en el plano literario y cultural, dentro de un espíritu que, a pesar de su ejemplaridad, no debía ser imitado en la América hispánica, si ésta quería conservar su personalidad original.

Partidario del universalismo cultural tuvo siempre un gusto especial por las letras anglosajonas y por las formas de su estilo intelectual, en cuanto significaban realismo, moderación, contención y racionalidad. Las frecuentó asiduamente y las enseñó con gran conocimiento y sensibilidad pues pensaba que su familiaridad era indispensable para una comprensión cabal del espíritu de la cultura occidental. En el caso de la literatura nor-

teamericana, sus mejores escritos eran el más fiel reflejo de la vigorosa personalidad de su país.

Esta valoración de los Estados Unidos se completaba con las críticas que siempre hizo a su política intervencionista en la América hispánica. Defendió con insobornable fidelidad y firmes convicciones, el derecho de los pueblos hispanoamericanos al goce de su plena soberanía política, sin tutelas ni injerencias abusivas, sea cuales fueren los pretextos ideológicos. Pero creyó que era posible un entendimiento entre ambas Américas y trabajó seriamente por ese respeto honesto y franco entre nuestros países, convencido de que era el único camino para la concordia y la paz.

**Enrique Zuleta Alvarez**